

verdugo mandó darle veinte y cinco monedas de oro; luego vendóse él mismo los ojos, y dijo al presbítero Juliano y al subdiácono de igual nombre que le atasen las manos. Los hermanos extendieron lienzo á su alrededor para recibir su sangre, y un instante despues recibió el Santo el golpe que terminó su vida mortal y dió principio á su gloriosa vida. Los fieles trasladaron su cuerpo á un campo vecino y le enterraron durante la noche con gran solemnidad <sup>1</sup>.

¿No es cierto que no se sabe qué admirar mas, si la firmeza del Mártir ó el valor de nuestros abuelos, que no temian exponer su vida acompañándole hasta el pié del cadalso?

*Oración.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los grandes ejemplos de virtud que nos dáis en las personas de los Mártires; comunicadme parte de la caridad de san Lorenzo y de la fe de san Cipriano.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero socorrer y respetar á los pobres.

<sup>1</sup> Las principales obras de san Cipriano son:

- 1.º Su *Epístola sobre el desprecio del mundo*;
- 2.º El libro de la *vanidad de los ídolos*;
- 3.º Los dos libros de *Testimonio*, donde reunió todos los pasos relativos á Jesucristo y á la Iglesia;
- 4.º El libro de la *Conducta de las vírgenes*. El Santo manifiesta en él la grandeza de su estado y les traza las reglas de conducta que deben seguir;
- 5.º El libro de la *Unidad de la Iglesia*, elocuente demostracion de la necesidad de la unidad de la Iglesia;
- 6.º El libro de *Los que han sucumbido*. Durante la persecucion de Decio sucumbieron algunos cristianos, y el Santo despues de exaltar la corona de los Mártires, deplora con amargura las apostasias; pasa luego á los remedios, y se opone á los que piden una penitencia excesivamente pronta;
- 7.º El libro de la *Oracion dominical*; en él se explican todas las peticiones del *Padre nuestro*, y se indican las horas en que oraban los primitivos cristianos;
- 8.º El libro de la *Mortalidad*, compuesto con motivo de una peste que desoló el Africa; el Santo manifiesta en él cuáles deben ser los sentimientos y la conducta de los cristianos en las calamidades públicas;
- 9.º Sus *Epístolas* en número de ochenta y una.

Lactancio dice de san Cipriano que tenia todo cuanto constituye á los grandes oradores: sabia agradar, instruir y persuadir, sin que sea posible decidir cuál de esas tres dotes poseia en grado mas eminente.

LECCION XVI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS III Y IV).

Juicio de Dios sobre Valeriano.—Persecucion particular bajo el imperio de Aureliano; retrato de este Príncipe; martirio de san Dionisio.—Juicio de Dios sobre Aureliano.—Décima persecucion general bajo el imperio de Diocleciano y Maximino; retratos de ambos Príncipes; martirio de san Ginés, y de la legion Tebana.—La Iglesia consolada: vida de san Pablo ermitaño.

Como todos los demás perseguidores, Valeriano debió servir de monumento de la justicia de Dios, y manifestar á las generaciones venideras que nadie se rebela impunemente contra el Señor y contra su Cristo. Habiendo partido al Oriente á fin de rechazar á los persas, que habian invadido las provincias del imperio, fué hecho prisionero en el año 260, y el rey Sapor le condujo á su corte, donde le obligó á servirle de escalon siempre que montaba á caballo ó subia á su carro. Hé aquí un triunfo, le decia insultándole, que los romanos no pintarán en sus paredes. Para aumentar la pena del perseguidor, quiso Dios que su hijo y sucesor no pasase cuidado alguno para libertarle, y despues de haber expuesto el nombre romano á los insultos de los bárbaros, murió Valeriano miserablemente; Sapor lo mandó desollar <sup>1</sup>, y habiendo hecho curtir su piel y teñirla de rojo, la colgó en un templo, como un eterno monumento de vergüenza para los romanos, ó mejor de la venganza de Dios. Despues de tan terribles castigos impuestos á los perseguidores del Cristianismo, ¿no causa admiracion que haya aun hombres bastante audaces para conspirar contra el Dios omnipotente que destruye á los monarcas y á los pueblos como frágiles vasos?

Aureliano, olvidando tan grandes lecciones, no tardó en provocar la Justicia divina persiguiendo á los cristianos; este Emperador, que subió al trono en el año 270, era hijo de un arrendatario de tierras de los alrededores de Sirmium en Iliria; su alma brutal y gro-

<sup>1</sup> Algunos autores pretenden que fue desollado vivo.

sera, al mismo tiempo que altiva, acogía con avidez cualquier objeto de orgullo; duro y desapiadado por carácter, solo abrigaba, y aun raras veces, aquella aparente sensibilidad que el amor propio finge durante algunos momentos, á fin de burlar la opinion pública, y entregarse luego con mas seguridad á sus atroces instintos; y si alguna vez fué admirado, fué siempre aborrecido.

Dos ciudades célebres, Roma y París, fueron regadas con la sangre de ilustres Mártires; la primera vió morir al papa san Félix I; la segunda á san Dionisio y á sus compañeros. San Dionisio, primer obispo y fundador de la iglesia de París, habia sido enviado desde Roma á las Galias junto con seis misioneros, revestidos como él del carácter episcopal<sup>1</sup>; dejando atrás á sus compañeros, adelantóse por el país de los celtas, fijó su residencia en París, y á él ó á sus discípulos deben su fundacion las iglesias de Chartres, de Senlis, de Meaux y de Colonia. El santo Apóstol convirtió á gran número de idólatras, y vió sus trabajos coronados con un glorioso martirio.

Despues de haber sufrido diferentes géneros de suplicios, Dionisio y sus compañeros, Eleuterio, diácono, y Rústico, presbítero, fueron decapitados; una constante tradicion, apoyada en antiguos monumentos, enseña que su martirio se consumó en una colina inmediata á París, llamada despues con este motivo monte de los Mártires, y vulgarmente *Montmartre*. Vense tambien en París el lugar en que san Dionisio estuvo preso y el en que fué atormentado, en cuyos lugares se elevan dos iglesias en honor suyo. El juez habia dispuesto que fuesen los cuerpos de los Mártires arrojados al Sena; mas una dama gentil, que pensaba en abrazar la fe, halló medio de sobornar á los que debian verificarlo, y mandó enterrar secretamente las santas reliquias.

Apenas los sangrientos edictos de Valeriano se habian publicado

<sup>1</sup> Los seis obispos que acompañaron á san Dionisio son: San Trófilo de Arles, san Gaciano de Tours, san Austremonio de Clermont, san Pablo de Narbona, san Saturnino de Tolosa y san Marcial de Limoges. Los autores modernos fijan la mision de aquellos varones apostólicos en el año 230, pero la antigua y mas probable tradicion la fija mucho antes. Segun dicha tradicion san Dionisio, apóstol de las Galias, es san Dionisio el Areopagita, convertido por san Pablo. Véanse las pruebas de ello en las *Tres Romas*; en Mamachi, *Orígenes y antig. crist.*; en Saussay, *Martyrol. Gallic.*, etc. La iglesia de Arles sostiene con excelentes razones que san Trófilo, su primer obispo, es el discípulo querido de que habla san Pablo en sus Epístolas.

en los extremos del imperio, cuando su propia sangre regaba la tierra en las inmediaciones de Heraclea. Mnesteo, su secretario, temiéndole la cólera de su señor, imitó su escritura, y mostró á los principales jefes del ejército una lista de prosritos entre los cuales se hallaban sus nombres y el suyo; Dios permitió que cayesen en el lazo, y arrojáronse sobre Aureliano, quien cayó á los golpes de sus mismos amigos. Tan trágicos ejemplos tenian por objeto, en los designios de la Providencia, detener á los futuros perseguidores; mas léjos de aprovecharse de tan grandes lecciones, aquellos hombres ciegos se hicieron mas osados y crueles.

El imperio romano, que desde muchos siglos atacaba al Cristianismo continua pero inútilmente, hizo un último esfuerzo para destruirlo; mas en vez de conseguir su objeto, no logró otra cosa que establecerlo. Con Diocleciano empezó verdaderamente la era de sangre, la era de los Mártires. «Toda la tierra, dice Lactancio, quedó inundada de sangre cristiana, desde el Oriente al Occidente<sup>1</sup>.» El cruel tirano, autor de la décima persecucion general, subió al trono en el año 284<sup>2</sup>.

Diocleciano fué un soldado afortunado. Nació en la Dalmacia de padres de oscuro linaje, abrazó desde muy jóven la carrera de las armas, elevándose por grados hasta los primeros honores militares. En el año 286 compartió el imperio con Maximiano Hércules, natural de un pueblo de Pannonia y de baja condicion; simple soldado en la compañía de Diocleciano, y dotado como éste de un carácter cruel y entregado á toda clase de vicios, debió su elevacion á sus talentos militares y al favor de su antiguo camarada. Alarmados ambos Príncipes en el año 292 por los peligros que amenazaban á la Europa por todas partes, y desesperando de poder hacer frente á todos sus enemigos, nombraron cada uno un César para que les ayudase á defender sus respectivos Estados, queriendo con esta medida darse un sucesor. Diocleciano nombró á Máximo Galerio para el Oriente, y Maximiano á Constancio Cloro para el Occidente. Galerio era un labriego de la Dacia incorporado á los ejércitos romanos; todo anunciaba en él un carácter bárbaro y feroz: su mirada, su voz, su talante; tenian algo que horrorizaba; y era además ce-

<sup>1</sup> De Mortib. persecutor. pag. 302.

<sup>2</sup> Respecto al número de las persecuciones hemos seguido al sabio P. Mamachi, t. II, pág. 233-304, y al P. Ruinart, *Act. de los Mártires*, t. I.

loso hasta el fanatismo por la idolatría. Constancio Cloro pertenecía á una ilustre familia, y reunía en su persona todas las cualidades que constituyen los grandes príncipes.

Esta multiplicidad de emperadores arruinó al imperio, pues si por una parte tuviéronse que aumentar considerablemente los impuestos á causa de que cada uno de ellos quiso tener tantos oficiales y soldados como sus colegas<sup>1</sup>, por otra los edictos dados contra los cristianos por los emperadores precedentes continuaron recibiendo su ejecucion, y millares de hombres virtuosos, que formaban el verdadero apoyo del Estado, fueron inhumanamente inmolados; su muerte, debilitando el imperio y clamando venganza al cielo, llamaba, al facilitarla, la próxima invasion de los bárbaros.

Para iluminar á los perseguidores se dignaba Dios, siempre lleno de misericordia, obrar á su vista los mas estupendos milagros, como fué particularmente la conversion de san Ginés.

En el año 286 habia en Roma un actor llamado Ginés, que formaba parte de la compañía cómica del Emperador: una voz de una sonoridad y extension sorprendentes, un decir agradable por su perfecta naturalidad, y sobre todo un don extraordinario para imitar y representar lo ridículo, todo esto, junto con grande conocimiento del arte, hacia de Ginés el ídolo de los romanos: el dia en que debia presentarse en escena, Roma entera acudia al teatro. Sucedió que con motivo de haber llegado Diocleciano á la capital, donde fué recibido con gran magnificencia, diéronse suntuosas fiestas, entre las cuales no fueron olvidados los espectáculos teatrales, y Ginés, que sabia el odio de aquel Príncipe contra los cristianos, creyó, y con razon, que una escena en que se pusiesen en ridículo los misterios de su religion no podria menos de ser de su agrado, eligiendo para objeto de sus culpables burlas las ceremonias del Bautismo, pues tenia algunas nociones de nuestros sagrados ritos, por haber oido hablar de ellos á algunas personas que profesaban el Cristianismo.

Apareció, pues, Ginés en el teatro acostado en un lecho, y fingiendo hallarse enfermo; al abrirse la escena, exclamó: «¡Ay amigos míos! siento sobre el estómago un peso que me oprime! y creo que voy á morir si no me librais de él. — ¿Qué harémos? decian los demás actores, ¿quieres que te pasemos un cepillo para vol-

<sup>1</sup> Lact. De Mortib. persecutor. pag. 303.

«verte mas ligero? Á tales chocarrerías el pueblo contestaba con es-  
«trepitosas carcajadas. — No entendeis nada en ello, contestaba Gi-  
«nés; siento acercarse mi fin y quiero morir cristiano. — ¿Y por qué?  
«replicaron los actores. — Porque despues de mi muerte, dijo Gi-  
«nés, me reciba Dios en su paraíso como á un desertor de vuestros  
«dioses.»

Entonces se adelantaron dos actores, uno de los cuales representaba á un presbítero y el otro un exorcista, y colocándose á la cabecera del fingido enfermo, le dijeron: Hijo mío, ¿por qué nos habeis hecho venir? Ginés, demudado enteramente por un milagro de la gracia, contestó sériamente y no por burla: Porque deseo recibir la gracia de Jesucristo, ser regenerado y verme libre de mis pecados. Verifícase en seguida la ceremonia del Bautismo, parodiándose por parte de todos los actores, menos por la de Ginés, las ceremonias de la Iglesia: revisten al neófito de una túnica blanca, cuando aparecen otros actores, en traje de soldados, y fingiéndose enviados por el prefecto de Roma, se apoderan de Ginés, á quien hacian ademán de maltratar, y le conducen delante del Emperador para ser interrogado del mismo modo que los cristianos. Diocleciano y todos los espectadores desternillábanse de risa al ver desempeñados todos los papeles con tanta propiedad; y para continuar la burla, el Emperador, fingiendo estar dominado por la cólera, preguntó á Ginés con voz airada: ¿Eres cristiano?

Á lo que el actor contestó en estos términos: Señor, y vosotros todos que os hallais presentes, oficiales del ejército, filósofos, senadores, ciudadanos, oid mis palabras. Hasta ahora he sentido tal horror hácia los cristianos, que no podia escuchar su nombre sin sobrecogerme de horror, y hasta detestaba á algunos de mis parientes que profesan aquella Religion; me he instruido en los misterios y ritos del Cristianismo, únicamente para hacer burla de ellos y para hacerlos despreciar á los demás; pero desde el momento en que el agua del Bautismo ha tocado mi cuerpo, y he dicho sinceramente que creia en los artículos acerca de los que me interrogaban, he visto sobre mi cabeza una multitud de Ángeles resplandecientes de luz que leían en un libro todos los pecados que he cometido desde mi infancia, y luego habiendo sumergido el libro en el agua en que yo me encontraba todavía, me lo han enseñado mas blanco que la nieve, y sin ningun resto de escritura. Así pues, vos, poderoso Em-

perador, vosotros todos, romanos que me escuchais, que habeis hecho irrisión de los misterios del Cristianismo, creed conmigo que Jesucristo es el verdadero Dios, que es la luz y la verdad, y que por él podeis obtener la remisión de vuestros pecados<sup>1</sup>.

Un rayo que hubiese caído en medio del teatro hubiera sorprendido menos á los gentiles que el inesperado discurso de Ginés. Diocleciano, escuchando solo la voz de su furor, mandó azotarle cruelmente, despues de lo que lo entregó á Plaucio, prefecto del pretorio, para que le obligase á sacrificar. Extendieronle sobre el potro, destrozaron sus costados con garfios de hierro y quemáronlos con antorchas encendidas, mostrando Ginés durante tantos tormentos una admirable paciencia, y repitiendo sin cesar éstas palabras: No hay mas Señor del mundo que el que he tenido la suerte de ver; le adoro, le reconozco por mi Dios, y aunque debiese sufrir mil muertes le seria constantemente fiel. Mi único dolor es verle ultrajado por tantos crímenes y haberle conocido tan tarde. Finalmente, desesperado el juez de vencer su constancia, le condenó á ser decapitado, lo que se verificó el día 25 de agosto del año 286.

Un actor convertido en la escena, y llamado desde el teatro á la gloria del martirio, revela altamente el poder de la gracia de Jesucristo y la grandeza de su misericordia; en este hecho se reconoce al Dios que en un momento supo hacer de un publicano un apóstol. El martirio de la legion Tebana nos ofrece un nuevo monumento de tan milagroso poder.

El emperador Maximiano Hércules, colega de Diocleciano, se puso en marcha para combatir á los bagaudes, pueblo compuesto principalmente de galos, llevando en su ejército á la célebre legion Tebana, llamada así, á lo que parece, por haber sido reclutada en la Tebaida, ó Alto Egipto, poblado de gran número de excelentes cristianos. Dicha legion, formada de soldados veteranos y de un valor á toda prueba, estaba compuesta enteramente de cristianos, al mando de Mauricio, cristiano tambien. Pasados los Alpes, Maximiano concedió algunos dias de reposo á su ejército, á fin de que se repusiese de las fatigas de una penosa marcha, y mandó acampar

<sup>1</sup> Este Bantismo administrado en la escena no era un Sacramento, pues faltaba la intencion deliberada de hacer lo mismo que la Iglesia; mas en Ginés fué suplida por el deseo acompañado de una verdadera contrición, y tambien por el martirio.

en las inmediaciones de Octodorum, que era en aquel tiempo una ciudad considerable á orillas del Ródano, y al Norte del lago de Ginebra; en el dia es la aldea de Martigni en el Valais.

Habiéndose comunicado á todo el ejército la orden de ofrecer un sacrificio á los dioses, á fin de alcanzar el triunfo de la expedicion, la legion Tebana se alejó y acampó cerca de Agaune, á tres leguas de Octodorum: Agaune era una aldea situada en un profundo valle, en medio de los Alpes, cuyas cimas la coronan por todas partes. Informado el Emperador de la partida de la legion, envióle la orden de volver al campo y de reunirse al grueso del ejército para ofrecer el sacrificio, mas la legion se negó á tomar parte en aquella sacrilega ceremonia. Furioso por semejante resistencia, Maximiano dispuso que la legion fuese diezmada, y los soldados que la suerte designó recibieron la muerte; pero el resto de la legion permaneció firme, pudiéndose ver á aquellos veteranos exhortarse á morir, antes que violar el juramento que prestaran al Rey del cielo el dia de su Bautismo.

Diezmados por segunda vez, no disminuyó en nada su valor; cuantos sobrevivieron estaban resueltos á no obedecer. Mauricio, Exuperio y Cándido, sus principales oficiales, les alentaban en tan heróicos sentimientos, y al recibirse la intimacion del cruel Emperador de que en caso de no someterse pereceria la legion entera, aquellos animosos soldados, animados por sus jefes, dieron á Maximiano la siguiente contestacion llena de nobleza y de dignidad:

«Somos vuestros soldados, pero tambien somos servidores del verdadero Dios; de vos recibimos el sueldo, de Dios la vida. No nos está permitido obedecer á nuestro Emperador cuando Dios nos lo prohíbe, nuestro Dios que es tambien el vuestro. Señor, mandadnos algo que no sea contrario á su ley, y nuestra conducta pasada os responde de nuestra obediencia futura. Antes que prestaros á vos juramento, lo habíamos prestado á Dios; y ¿fariais en el segundo si violábamos el primero? Hemos visto dar muerte á nuestros compañeros sin quejarnos, antes bien les hemos envidiado su felicidad al morir por su religion, y el extremo á que se nos reduce no es capaz de inspirarnos sentimientos de rebelion; tenemos, sí, las armas en las manos, mas no sabemos lo que es resistir, y preferimos morir inocentes á vivir culpables.»